

HOMILÍA MISA CRISMAL
POR ROBERTO OCTAVIO GONZÁLEZ NIEVES, OFM
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO
PARROQUIA MARÁ AUXILIADORA, CANTERA, P.R.
MARTES SANTO, 18 DE MARZO DE 2008

Antífona:

“Jesucristo nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A Él la gloria, y el poder por los siglos de los siglos. Amén.” (Ap. 1,6)

I. Saludos y Agradecimientos

Permítanme comenzar esta liturgia agradeciendo y reconociendo la presencia de Su Eminencia Reverendísima Luis Cardenal Aponte Martínez. Me place también reconocer la presencia de mis hermanos en el episcopado, Mons. Héctor Rivera Pérez, Mons. Hermín Negrón Santana y Mons. Daniel Fernández, Obispos Auxiliares de San Juan de Puerto Rico, de mis hermanos sacerdotes y diáconos, de los religiosos, religiosas y seminaristas, y de todos y todas ustedes querido pueblo Santo de Dios, quienes se encuentran presentes y también de quienes se unen a nosotros mediante las emisoras católicas, TeleOro Canal 13 y WKVM AM 81.

De igual modo, agradezco la siempre acostumbrada y fraternal acogida del Rvdo. P. Nicolás “Colacho” Navarro, Párroco de esta iglesia de Santa María Auxiliadora, a la comunidad salesiana y a su equipo de colaboradores y colaboradoras.

Agradezco la labor de Mons. José Emilio Cummings, Rector de la Catedral y su equipo de trabajo por la coordinación de esta liturgia. Agradecemos a Mons. Alberto López, Vicario de Pastoral y a su equipo de trabajo por toda su dedicación, para la celebración de esta misa crismal; y a nuestro Vicario General, P. Leonardo Rodríguez, por ser el maestro de ceremonias.

También quisiera agradecer al Coro Arquidiocesano, a sus miembros y a su director, Sr. Julio Suárez.

De igual modo, agradecemos la presencia del Rvdo. P. Juan Luis Negrón, Rector del Seminario Regional; Mons Iván Huertas, Vicario de Vocaciones y vicerrector y de los seminaristas quienes se forman para ser sacerdotales de la Nueva Evangelización en el nuevo milenio.

Dispongámonos ahora a entrar de lleno en esta Santa Misa Crismal para celebrar la misericordia infinita de nuestro Padre celestial, el amor de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y la gracia purificadora del Espíritu Santo. Digamos: Yo confieso...

II. Homilía

“El Espíritu del Señor esta sobre mi, porque el me ha ungido...Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”.

Acabamos de escuchar estas palabras de Jesús en la sinagoga de Nazaret según el evangelio de San Lucas. Jesús acababa de leer el tramo del profeta Isaías que también nosotros hemos oído hoy en la primera lectura de esta liturgia. Al terminar la lectura, Jesús se sentó y todos lo miraban. Entonces les dijo: “Hoy se cumple esta Escritura que acaban de oír.”

“Hoy se cumple esta Escritura,” es decir: “Yo soy aquel de quien hablaba el profeta Isaías. Yo soy el ungido por el Espíritu del Señor.”

Hoy nos toca a nosotros reunidos en este Templo. Hoy somos nosotros los que hemos oído las palabras del profeta y de Jesús. Hoy se cumple la Escritura para nosotros. Hoy se revela presente ante nosotros el “ungido” y enviado por el Señor.

¿Pero como exactamente sucede esto? Los que estaban en la sinagoga habían oído que Jesús predicaba el Reino de Dios a los pobres y la libertad a los esclavizados por el demonio proclamando la llegada de la salvación prometida por Dios. Al decir que se cumplía en ese momento la Escritura, Jesús anuncia que su predicación y sus milagros demostraban que el era el esperado Rey Mesías “ungido” por el Espíritu de Dios.

¿Qué quiere decir que hoy se cumple para nosotros la Escritura? Para nosotros la Escritura se cumple de la misma forma a través de la vida sacramental de la Iglesia, a través de la predicación y liturgia de la Iglesia. Los gestos, palabras y objetos de la liturgia nos traen la presencia de Jesús, el “ungido” por el Espíritu de Dios enviado a nosotros. Este es el modo escogido por Dios para salvarnos, para incorporarnos al Reino de Dios, para hacernos pueblo de Dios, para unirnos a Jesús, compartiendo su unción por el Espíritu Santo, llegando así a formar el cuerpo resucitado de Cristo. Por eso al principio de esta liturgia hemos orado así: “O Dios, que por la unción del Espíritu Santo constituiste a tu Hijo Mesías y Señor, y a nosotros, miembros de su cuerpo, nos hace partícipes de su misma unción, ayúdanos a ser en el mundo testigos de la redención que ofreces a todos los hombres.”

Se podría decir que en esta Misa Crismal hoy celebramos la “sacramentalidad de la Iglesia,” es decir, el modo sacramental por el cual llega a nosotros el perdón de los pecados y la vida eterna.

Los santos oleos que dentro de poco serán bendecidos serán utilizados en la administración de los sacramentos como símbolos de la unción del Espíritu Santo que nos une a Cristo.

Hermanas y hermanos, nuestra unión con Jesús obrada por el Espíritu Santo no es algo completamente invisible, espiritual, mental. Es una fuerza que invade todo nuestro ser, espiritual y corporal, y que culminará con nuestra resurrección de entre los muertos. La unción del Espíritu Santo nos hace ver el mundo que nos rodea de una manera nueva y diferente de acuerdo a la “mente de Cristo” como dice San Pablo. Los milagros que prueban que Jesús es el Enviado “ungido” por el Espíritu Santo no eran obras completamente invisibles. Eran obras visibles que demostraban lo que sucedía invisiblemente en el corazón humano. Los milagros de Cristo tenían una forma “sacramental” tal y como ocurre para nosotros por medio de los sacramentos. Por eso los oleos que usamos en los sacramentos se llaman “santos óleos,” porque por medio de los sacramentos en los cuales somos ungidos por estos oleos compartimos la “santidad” de Cristo, es decir, participamos de la vida de Dios mismo.

Desafortunadamente vivimos en un tiempo en que se ha nublado nuestra capacidad para captar el significado de los símbolos sacramentales. La mentalidad protestante que rechaza la eficacia de los sacramentos ha contribuido a ver los símbolos sacramentales como algo arbitrario creados por el hombre y no el modo a través el cual Dios se revela y comunica su vida a nosotros. La realidad y los gestos del cuerpo humano son símbolos de nuestra llamada a compartir la vida divina. La redención en Cristo siempre tendrá una expresión corporal y material.

Pasado mañana comenzaremos nuestra celebración del Triduo Pascual, recordando los tres días en que se logro nuestra salvación. Para nosotros esta memoria, este recuerdo, no es algo completamente mental, sino que una participación real en lo que sucedió de una vez y por todas en aquellos tres días en que Cristo ofreció su sacrificio de amor para salvarnos. No es que mentalmente recordamos el pasado, sino que sacramentalmente el pasado se hace presente para nosotros, llega a nosotros, es traído a nosotros los incorporados al pueblo de Dios compartiendo la unción del Espíritu Santo con Cristo.

El sacramento que hace posible este milagro es el sacramento del Orden que capacita a los sacerdotes unidos con su obispo a cumplir su vocación de ser los custodios de la eficacia milagrosa de la vida sacramental de la Iglesia, del pueblo ungido por el Espíritu Santo. Por eso es tan apropiado que cuando

se unen sacerdotes, diáconos, y pueblo alrededor del Obispo para celebrar esta liturgia es una ocasión privilegiada para renovar las promesas hechas el día de la ordenación sacerdotal.

Yo también quisiera renovar mi donación total al Señor para servirlos a ustedes todos – obispos auxiliares, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, y fieles de la Arquidiócesis de San Juan de Puerto Rico. ¡Cuántas veces no insistió Jesús a sus apóstoles que deberían ser como Él, el Siervo de Dios que dio su vida por nosotros y no como los líderes de los paganos en el ejercicio de su autoridad! El origen de toda autoridad en la Iglesia no puede ser otra cosa que el Amor que es Dios. La obediencia no es otra cosa que el servicio de amor a Jesús. El celibato no es un rechazo de nuestra sexualidad, sino, una entrega total de nuestros cuerpos al Amor divino del cual queremos ser testigos al servicio de todos. Perdón y misericordia por las veces que no hemos sido fieles a estas promesas – perdón y misericordia pedimos al Señor que nos llamó a este servicio, y perdón y misericordia pedimos a nuestro pueblo y entre nosotros. No somos otra cosa que “siervos inútiles.” Que los santos óleos nos recuerden la unción que recibimos al recibir el sacramento del Orden y que nos capacita para vivir con alegría la vida a la cual hemos sido llamados.

Algunos de nuestros hermanos sacerdotes aquí presentes, pasarán a partir del 31 de mayo a formar parte de la nueva Iglesia Particular de Fajardo-Humacao. A todos ellos, hoy yo quisiera expresar mi profundo agradecimiento por el servicio pastoral que rindieron a nuestra Arquidiócesis. Lo mismo va con todos los diáconos, religiosos, religiosas y fieles de los municipios de Canóvanas, Loíza, Luquillo y Río Grande. Les agradecemos su contribución a nuestra Iglesia Arquidiocesana, bien haya sido mediante su participación en la vida sacramental, en los movimientos apostólicos, en la pastoral y sobre todo en la oración.

Hermanos y hermanas: alabemos todos al Señor Jesús en el cual todos hemos sido ungidos por el Espíritu para “formar un pueblo de sacerdotes de Dios su Padre” por medio de la unción bautismal para que la Iglesia crezca “en el numero y santidad de sus hijos e hijas, hasta que, según la medida de Cristo, alcance aquella plenitud en la que Dios Padre, Hijo, y Espíritu Santo, en el esplendor de su gloria, lo será todo en todo por los siglos de los siglos.

Amen.